



Apertura de curso de la Facultad de San Esteban 2007

El Evangelio de Lucas sitúa el relato del bautismo de Jesús en el Jordán en conexión con el comienzo del ministerio público de Jesús en Nazaret, precedido por el tiempo de retiro, oración, ayuno y tentación en el desierto. En efecto, el capítulo 3 termina con el relato del bautismo y la genealogía de Jesús, y el capítulo 4 comienza diciendo: *“Jesús regresó del Jordán lleno del Espíritu Santo. El Espíritu Santo lo condujo al desierto, donde el diablo lo puso a prueba durante cuarenta días”* (Lc 4, 1-2). Y después del relato de las tentaciones, se introduce la narración del comienzo del ministerio en Galilea con estas palabras: *“Jesús, lleno de la fuerza del Espíritu Santo, regresó a Galilea”*.(Lc. 4, 14).

Las anteriores referencias redaccionales muestran con claridad que la conexión entre el bautismo de Jesús, su oración en el desierto y el inicio de su ministerio público viene dada sobre todo por razón del contenido, es decir, por el significado del bautismo, en el que Jesús es presentado *“lleno del Espíritu Santo”*.

Según el Evangelio de Lucas, cuando Jesús se bautizó, *“el Espíritu Santo bajó sobre él en forma visible, como una paloma y se oyó una voz que venía del cielo: Tu eres mi Hijo el amado, en ti me complazco.”*(Lc 3, 22). Y el Evangelio de Juan pone en boca de Juan Bautista el siguiente testimonio: *“Yo he visto que el Espíritu bajaba desde el cielo como una paloma y permanecía sobre él. Yo mismo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y permanece sobre él, ése es quien bautizará con Espíritu Santo. Y como lo he visto, doy testimonio de que él es el Hijo de Dios”* Jn 1, 32-33).

El descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en el momento de su bautismo en el Jordán es como la investidura formal para su misión. La voz del Padre declara lo que el descenso del Espíritu Santo significa y realiza: Jesús es el Hijo amado en quien el Padre se complace.

Esta identidad de Jesús es ahora públicamente testimoniada desde el cielo, por el Espíritu y el Padre; pero ya había sido prometida en el mismo momento en que se anuncia a María el nacimiento de Jesús: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios.”* (Lc 1, 35).

La posesión del Espíritu Santo en plenitud, el ser habitado plenamente por el Espíritu Santo, es lo que determina la identidad de Jesús como Hijo de Dios y como Mesías, Ungido para anunciar el Evangelio y hacer presente el Reino de Dios. El Espíritu Santo define la identidad de Jesús Cristo.



La identidad de Jesús se manifiesta completa en el orden humano e histórico cuando el Evangelio de Lucas presenta un breve relato de su genealogía, a continuación de la narración de su bautismo, y como carta de presentación al inicio de su ministerio público. A diferencia de Mateo, que presenta a Jesús como heredero de la promesa a Abraham y del compromiso de Dios con David, al que había prometido un reinado eterno, Lucas enmarca la genealogía de Jesús en el contexto de la historia universal y hace llegar la lista de sus ascendientes hasta Adán y hasta Dios mismo, como creador del hombre. “De este modo se resalta la misión universal de Jesús: es el hijo de Adán, hijo del hombre. Por ser hombre, todos le pertenecemos, y Él a nosotros; en Él la humanidad tiene un nuevo inicio y llega también a su cumplimiento” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 32).

En el bautismo de Jesús, además de manifestarse su identidad, queda preanunciada su misión. “La aparición del Bautista llevaba consigo algo totalmente nuevo. El bautismo al que invita se distingue de las acostumbradas abluciones religiosas. No es repetible y debe ser la consumación concreta de un cambio que determina de modo nuevo y para siempre toda la vida. Está vinculado a un llamamiento ardiente a una nueva forma de pensar y de actuar, está vinculado sobre todo al anuncio del juicio de Dios y al anuncio de alguien más Grande que ha de venir después de Juan.” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 36).

“En los cuatro Evangelios se describe la misión del Bautista con un pasaje de Isaías: *“Una voz clama en el desierto: ¡Preparad el camino al Señor! ¡Allanad los caminos!”* (Is 40,3). Marcos añade una frase compuesta de Malaquías 3,1 y Éxodo 23,20 que, en otro contexto, encontramos también en Mateo (11,10) y en Lucas (1, 76; 7,27): *“Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino”* (Mc 1,2)... Con la predicación del Bautista se hicieron realidad todas estas antiguas palabras de esperanza: se anunciaba algo realmente grande.” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 37).

Juan bautiza con agua, pero el más Grande, que bautizará con Espíritu Santo y fuego, está al llegar. Por eso, *“acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban los pecados y él los bautizaba en el Jordán”* (Mc 1,5). *“Por entonces, llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán”* (Mc 1,9).

“Lo realmente nuevo es que Jesús quiere ser bautizado, que se mezcla con la multitud gris de los pecadores que esperan a orillas del Jordán. El bautismo comportaba la confesión de las culpas. Era realmente un reconocimiento de los pecados y el propósito de poner fin a una vida anterior malgastada para recibir una nueva. ¿Podía hacerlo Jesús? ¿Cómo podía reconocer sus pecados? ¿Cómo podía desprenderse de su vida anterior para entrar en otra vida nueva?. Los cristianos tuvieron que plantearse estas cuestiones. La discusión entre el Bautista y Jesús, de la que nos habla Mateo, expresa también la pregunta que él hace a Jesús: *“Soy yo el que necesito que me bautices, ¿y tú acudes a mi?”* (Mt 3, 14). Mateo nos cuenta además: *“Jesús le contestó:*



Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan lo permitió” (Mt 3,15).

El significado del bautismo de Jesús y de las palabras dichas a Juan: *“Está bien que cumplamos así toda justicia”*, quedó claro a la luz de la cruz y de la resurrección: “Jesús había cargado con la culpa de toda la humanidad; entró con ella en el Jordán. Inicia su vida pública tomando el lugar de los pecadores. La inicia con la anticipación de la cruz... El significado pleno del bautismo de Jesús, que comporta cumplir toda justicia, se manifiesta sólo en la cruz: **el bautismo es la aceptación de la muerte por los pecados de la humanidad, y la voz del cielo – “Este es mi Hijo amado” (Mc 3, 17) - es una referencia anticipada a la resurrección.** Así se entiende también por qué en las palabras de Jesús el término bautismo designa su muerte (cf Mc 10,38; Lc 12, 50). ” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 40).

En el Evangelio de Juan se refleja también la referencia del bautismo de Jesús a su cruz, cuando el Bautista dice de él: *“Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29)*. Con estas palabras, el Bautista señala a Jesús como el Siervo de Yahwé, que había sido anunciado proféticamente por Isaías. En su del canto del Siervo de Yahwé, el profeta Isaías compara al siervo, que carga con los pecados del pueblo, con un cordero al que se lleva al matadero (Is 53,7).

A partir del significado del bautismo de Jesús hemos de entender nuestro bautismo cristiano y la misión que de él brota. Jesús había anunciado que la entrada en el Reino de Dios, por él anunciado y hecho presente, requería un nuevo nacimiento *“del agua y del Espíritu” (Jn 3,5)*. Y después de resucitar envió a sus discípulos a continuar su misión, diciéndoles: *“Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros. Recibid el Espíritu Santo.” (Jn 20,21- 22)*. *“Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 18-19)*. El bautismo que desde entonces administran los discípulos de Jesús es la participación en su muerte y resurrección, que él ha anticipado en su bautismo; es recibir el don del Espíritu Santo que Jesús tuvo en plenitud; es ver los cielos abiertos sobre los que cumplen como Jesús la voluntad de Dios, guiados por el Espíritu. En efecto, escribe Pablo en la carta a los Romanos: *“Por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo quedando vinculados a su muerte, para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva. Porque si hemos sido injertados en Cristo a través de una muerte semejante a la suya, también compartiremos su resurrección” (Ro 6, 4-5)*.

El Espíritu Santo, que determinó la identidad de Jesús como Hijo de Dios y como Ungido (Cristo), enviado para anunciar y hacer realidad el Evangelio del Reino de Dios, determina también nuestra identidad como hijos de Dios y nuestra vida en la libertad que Jesús nos ha adquirido al precio de su sangre. Como hemos leído en la carta a los Romanos: Estamos llamados a vivir según el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en nosotros. Pertenece a Cristo, como miembros de su Cuerpo, si tenemos el



Carlos López Hernández

Espíritu de Cristo. Somos hijos de Dios, si nos dejamos guiar por el Espíritu de Dios. Porque poseemos las primicias del Espíritu anhelamos la plena liberación, no desfallecemos en medio de nuestra flaqueza, hemos superado el temor y vivimos en la confianza en el amor del Padre, sabiendo que a quienes aman a Dios todo les sirve para el bien.

Esta comprensión de nuestra vida es el tesoro escondido que hemos encontrado con la fe, por designio y gracia de Dios. Esta es la verdad completa sobre nuestra vida en Cristo, a la que el Espíritu nos conduce a través del recuerdo de la enseñanza de Jesús (cf Jn 14, 26; 16,13). Esta verdad es la luz que el hombre de hoy necesita y el Espíritu debe hacernos capaces de testimoniar con nuestra vida y palabras. Así prestaremos el mejor servicio a una sociedad y cultura en crisis, que ha aceptado con resignación la incapacidad del hombre para conocer la verdad y va en camino de no saber distinguir el bien y el mal.

Nosotros sentimos cada día necesidad de la verdad en todas las dimensiones de la vida y del trabajo académico; y creemos haber encontrado su fuente en Jesucristo. Como prueba de gratitud a Dios y de amor a los hombres, queremos dar testimonio de ella con humildad, sin imposición por la fuerza, ofreciéndola con confianza en la fuerza interior de la misma verdad. Para ello imploramos la asistencia del Espíritu Santo. Él es el evangelizador principal; el único capaz de iluminar las mentes y hacer arder los corazones, para que escuchen y se adhieran con gozo a la Palabra de la Verdad.